

Era una región de bárbaros, de verdaderos bárbaros, una de las más desoladas y azotadas regiones de España. Trigo, aceite, bellotas y corcho por dondequiera.

Entre aquellos bárbaros abundaban los que ponían el ideal de su vida en tener llena la andorga, bien arrellanado y cómodo el cuerpo, una buena hembra propia o ajena, y juego de azar para dar a la imaginación pasto. Y algunos, además, la caza. Como religión creer lo que creyeron sus mayores, sobre la base de "eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante..." cumplir ciertas prácticas en días solemnes—o no cumplirlas por pura desidia y no más—y aguardar el arrepentimiento y la consiguiente absolución final para continuar la misma vida después de muerto. Pues el paraíso de estas gentes no es, como el de los más vulgares musulmanes—de quienes son hermanos espirituales—sino una prolongación de su vida terrena, de trigo, aceite, bellotas y corcho. De seguro que esperan tener su buena hembra en el cielo y su partida de tresillo si es que no de monte. Y si no, qué van a hacer allí? La visión beatífica? ¿Y qué es eso de la visión beatífica? La contemplación, en la cara de Dios, espejo del Universo, de la verdad de todo, de las leyes supremas que todo lo rigen? El perfecto amor que descansa y reposa en el perfecto conocimiento? Y esto, qué es?

Para estas gentes que aunque no han leído a Marx—"¡ni ganas!"—son creyentes en la doctrina del materialismo histórico, fe de casi todos nuestros conservadores—como estos son,—para estas gentes lo que se sabe de eso son pataratas y ganas de perder el tiempo. O ganas de dar que hablar.

"¡Ganas de dar que hablar!" He aquí una fórmula que explica muchas cosas.

En primera instancia, fieles a su materialismo histórico, cuando le ven a alguien agitarse y agitar, remover opiniones; despertar pasiones públicas suponen que busca provecho material, que quiere poder llenar bien la andorga, arrellanarse el cuerpo, cobrar una buena hembra y tener cuartos para jugarlos. Conocimos un hombre muy sensato, reposado y bastante culto, pero fervoroso fiel del materialismo histórico—era catedrático de economía política y manchesteriano irreductible—que cada vez que oía hablar de algún joven que se agitaba, escribía o hablaba en público, que hacía política, en fin, sentenciaba: "¡falta de capital!"

Esto de "¡falta de capital!" es en primera instancia. Pero luego, como aun que henchidos de chorizo y de asaduras, aun conservan cierta socarrona sagacidad se dan cuenta de que hay casos que no entran en eso de falta de capital, y viene la otra explicación: "¡ganas de dar que hablar!" Es decir: exhibicionismo. Y al sujeto atacado de las ganas de dar que hablar le declaran, ¡claro está! loco de remate. Cuando no un monstruo de orgullo.

A ellos, a los materialistas esos del chorizo, de la buena hembra, de la siesta y del monte—en su doble sentido de juego de azar y de campo de animales—no les ha atacado el anhelo de estampar su personalidad en otros, de eternizarla, de unir a la historia; no les ha atacado el anhelo de gloria. Ni puede atacarles el anhelo de estampar su personalidad en otros porque para ello es preciso tener personalidad. Y ellos no la tienen. ¡Ni ganas! Para qué?

Y como no sienten su propia personalidad—¡ni ganas!—ni se preocupan de dar que hablar, son profundamente antidemócratas, profundamente reaccionarios y despóticos. Si nos tienen como a un rebaño bien cebado y bien cuidado, qué debe importarnos las leyes con que nos ceben y cuiden y las razones de ellas? y he aquí porqué estos del chorizo, de la buena hembra, de la siesta, de la bandurria y de los dos montes suelen ser germanófilos. ¡Quién nos diese un Kaiser!... Es decir, un buen pastor. Un pastor que pusiese a ellos, a las ovejas del chorizo, etc., etc., a la derecha y a nosotros, a los cabritos que saltamos por las matas desmandándonos, a la izquierda. (v. Mat. XXV, 33).

Dar que hablar es dar que pensar y pensar es lo más grave que hay. Pensando una turba de hombres se hace pueblo, se hace "demo" y da en la monomanía revolucionaria de la libertad, es decir, en la manía de conocer la ley porque se le gobierna y las razones de esa ley y en discutir las y, por último, en gobernarse a sí mismo. Y en un pueblo que se empeña en gobernarse a sí mismo, en darse la ley y para dársela en estudiarla y conocerla y penetrar en las razones de las cosas, en un pueblo así ni se digiere siempre bien el chorizo ni se arrellana bien el cuerpo, le interrumpen a uno la siesta o el refocilo con la buena hembra, y hasta son capaces de no dejarle a uno jugar al monte sin traba alguna. Pues hasta contra esa santísima libertad de jugar al monte donde, cuando y como uno quiera se pronuncian esos heraldos de la libertad. Mucha libertad, sí, pero, por qué no también libertad de no pensar?

"Esos revolucionarios — se dice el hombre del chorizo, de la siesta, de la buena hembra y del monte—cuando no son unos redomados pillos que buscan

un acomodo, son unos locos de remate atacados de la manía de dar que hablar. ¡Qué empeño en que nos preocupemos de cosas que nos quiten el sueño! ¿Que no gozamos de todas esas que llaman libertades? ¡Ni ganas!"

Pero en el fondo es muy raro el hombre de chorizo, siesta, buena hembra y monte, que acaba por satisfacerse con la teoría de dar que hablar; no acaba de creer en la locura ajena, ya que él, de puro bárbaro, es incapaz de tales locuras. Porque para enloquecer es preciso que haya materia enloquecible y esta es la imaginación. Podrá volverse demente o idiota, pero loco rarísima vez. Y el hombre de chorizo, siesta, buena hembra y monte supone que debajo de la manía de dar que hablar hay siempre falta de más o menos capital. A lo sumo comprende la vanidad, pero el orgullo nunca.

"Pero qué busca? qué se propone? a dónde va?" Ante un hombre atormentado por el peso de su propia personalidad que se le desborda pidiéndole extensión de dominio para mejor asegurarse, esas son las preguntas que se hace al hombre de chorizo, siesta, buena hembra y monte.

Sólo nos falta ver la actitud que este hombre, o lo que sea, toma ante el hombre aquejado de hambre y sed de vivir la historia y de vivir en la historia y aun de eternizarse en Dios cuando al fin se convence de la locura de este hombre, de la locura del hombre que lo es. Fáltanos ver lo que le piden entonces las ganas.

Porque la voluntad del hombre de chorizo, siesta, buena hembra y monte no es voluntad, sino ganas. Y ni ganas tiene. Su no voluntad, su "voluntad", que es su último fondo como el de todo animal doméstico o domesticado, es desgana. La desgana es el último resorte de mucho de nuestra casta. Y no digo pueblo.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

